



Aspectos éticos de la práctica científica y tecnológica

¿Hay alguna relación entre la ética y la actividad de un científico? ¿Acaso la ética no se ocupa de las acciones privadas de los hombres con respecto a sus semejantes? Entonces ¿qué tiene que ver la actividad científica con eso? Los científicos descubren que futuros padres podrían elegir si su bebé será nene o nena y genera una discusión; descubren que la descomposición del átomo puede servir para elaborar explosivos muy potentes, y ahí hay otro debate; saben que es posible reproducir un ser humano manipulando su información genética y aparece otro problema. Estas discusiones, problemas y debates se producen justamente porque existe la polémica acerca de lo que está bien o mal hacer, de lo que deben o no deben hacer los hombres en nombre de la ciencia o del progreso tecnológico. Por otra parte, al reconocer la dimensión social de la investigación y la práctica científicas, admitimos necesariamente el hecho de que somos seres humanos quienes hacemos ciencia y la utilizamos con fines que pueden ser buenos o malos. Y si bien la aplicación práctica de la ciencia suele correr por cuenta de la tecnología y de las políticas de implementación de planes de desarrollo científico y tecnológico, al ocuparnos del conocimiento científico no podemos dejar de prestar atención a los aspectos éticos que le conciernen. Durante mucho tiempo se creyó que la práctica científica era objetiva, es decir, que la opinión o las creencias de los científicos no debían mezclarse de ningún modo con los descubrimientos y con el curso de las investigaciones "de laboratorio", y que esta neutralidad se lograba efectivamente en las prácticas científicas. Sin embargo, a través de la historia de la ciencia se ha visto que es imposible mantenerse en una absoluta objetividad. Como observa Gregorio Klimovsky, cuando un sujeto aprende, interviene el objeto que es aprendido, pero también influyen en ese aprendizaje la actividad y las estructuras del sujeto; esto significa que quien aprende (y a nosotros nos interesa particularmente el científico) no es pasivo frente a lo que descubre. Dice

Klimovsky, en *Las desventuras del conocimiento científico*: "El conocimiento científico no es por tanto objetivo en un sentido ingenuo, sino que deriva de una conjunción de actividades que corresponden al sujeto con otras que la realidad impone".

No obstante, el autor cree que la ciencia es capaz de resguardar un marco de objetividad ya que tiene sus propios mecanismos para no caer en un saber meramente de opinión o inspirado en conjeturas infundadas. La racionalidad, esto es, "el empleo metódico de estructuras lógicas, la actividad del científico sobre la base de ciertos procedimientos (no cualesquiera) y el respeto a la experiencia como piedra de toque para sostener ciertas afirmaciones" es lo que diferencia al conocimiento científico de una mera creencia o concepciones formuladas a partir de cierta religión o ideología. Pero hay otros pensadores que consideran improbable esta objetividad relativa al conocimiento científico y a su práctica. En este sentido, afirman que en el discurso científico existen elementos ideológicos y valorativos. La elección misma de determinados objetos de investigación —como la clonación de seres humanos, por ejemplo— depende de criterios ideológicos y valorativos. En esta línea de reflexión, Paul Feyerabend afirma que la ciencia trabaja en pos de la creación de centros o focos belicosos y de afianzar el poder en unos pocos en perjuicio de la masa social. La comunidad científica, gracias a la importancia que ha logrado dentro de la sociedad, se las arregla para manipular las esferas de poder que pueden beneficiarlas, por ejemplo, otorgándoles dinero, que luego es aplicado a fines contrarios a la conservación y mejoramiento de la humanidad. El problema de aceptar de modo íntegro esta tesis es que, si los factores determinantes para hacer ciencia fueran sólo de índole subjetiva, sería imposible seguir afirmando el acercamiento paulatino a la verdad que pretende el conocimiento científico.

Entonces, si la práctica científica está comprometida con ciertos valores, ¿hay que resignarse a que la práctica científica corra por carriles que nunca se cruzan con la ética? A diario vemos indicios de que ciencia y ética no son totalmente independientes. Si se debe concretar la clonación de seres humanos o no, si deben realizarse trasplantes, si es correcto practicar la eutanasia o, por el contrario, debe prohibirse, si las investigaciones de procesos nucleares llevan necesariamente a guerras nucleares, son planteos que se mantienen en el débil límite entre lo que es propio de la ciencia y lo que pertenece al campo de la ética, o mejor, en la ética relativa a la ciencia.

Indudablemente, lo primero que tenemos que distinguir es el campo propio de la ciencia y la utilización que después la sociedad misma hace de sus descubrimientos, hecho que es de exclusiva responsabilidad de los actores políticos. Pero, por otro lado, parece inevitable que los descubrimientos científicos, al abrir nuevas perspectivas de la realidad y permitir nuevas lecturas de lo que en ella sucede, también incidan en el ámbito ético. La ciencia contemporánea, en la medida en que sus aplicaciones otorgan un enorme poder para modificar al mundo que nos rodea, nos obliga a preguntarnos qué se debe hacer con creciente frecuencia. Y cada vez que nos hacemos esta pregunta debemos exigirla también al científico. Como dice Ricardo Maliandi en su libro *La ética cuestionada*, "la responsabilidad del científico es también ética, en tanto es su obligación realizar una fundamentación de las decisiones que toma".